



“X. La cartografía como patrimonio cultural”

p. 175-206

Miguel León-Portilla

*Obras de Miguel León-Portilla*

*Tomo III. Herencia cultural de México*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2006

288 p.

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 970-32-2627-2 (volumen III, pasta dura)

ISBN 970-32-2626-4 (volumen III, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras\\_leon\\_portilla/466.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/466.html)

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## X. LA CARTOGRAFÍA COMO PATRIMONIO CULTURAL\*

En su gran mayoría, las producciones cartográficas se concibieron originalmente, a lo largo de los siglos, con propósitos utilitarios. Desde luego ha habido excepciones. Entre ellas están algunas cartas antiguas en que las creencias religiosas se privilegian para situar lo terrestre en función del universo en que residen los seres divinos, el más allá del que hablan los relatos sagrados. Ejemplos de esto son los mapas llamados “beatos”, de la Edad Media, inspirados en interpretaciones teológicas del Apocalipsis.<sup>1</sup> También lo son algunas representaciones del mundo en manuscritos indígenas mesoamericanos anteriores a la Conquista, como en el *Tro-Cortesiano*, de los mayas, o el *Tonalámatl de los pochtecas*, de la región central de México.<sup>2</sup> Pero aparte de casos como éstos, puede decirse que la finalidad buscada en casi todos los mapas y planos ha sido dar a conocer determinados rasgos de un territorio.

Ahora bien, entre quienes se han ocupado en diversos momentos y lugares de la elaboración de mapas y planos, ha habido distintas formas de proceder en razón de sus intereses. Unos, como los navegantes y exploradores, registraron en sus cartas lo que habían observado. En cambio, los cartógrafos de profesión trabajaron en sus talleres aprovechando en última instancia la información que pudieron obtener de lo allegado directamente por otros.

Propósito de navegantes y exploradores, y aun de algunos viajeros, fue registrar plásticamente lo que ellos mismos reconocieron. El valor de sus cartas se deriva de la precisión con que pudieron delinearlas. Ésta, a su vez, dependió en alto grado de los métodos e ins-

\* En *Patrimonio Nacional de México II*, Enrique Florescano, coordinador, México, Conaculta-Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 289-322.

<sup>1</sup> Son numerosos los estudios acerca de los “libros beatos”, entre ellos el de J. O. Westwood, *The art of illuminated manuscripts. Illustrated Sacred Writings*, reproducido por Arch Cape Press, Nueva York, 1988. Véase también la reproducción facsimilar de *El beato de Liébana de la Biblioteca Escorialense*, con volumen complementario de introducción y versión castellana del texto latino por Juan Manuel Ruiz Asencio, Testimonio Compañía Editorial, Madrid, 1993.

<sup>2</sup> *Tonalámatl de los pochtecas (Códice Fejérváry-Mayer)*, edición y comentario de Miguel León-Portilla, México, Celanese, 1985, p. 1 (del código). *Códice Tro-Cortesiano*, introducción de Miguel Rivera, Madrid, Testimonio Compañía Editorial, 1992, p. 75-76 (del código).



trumentos que emplearon en las observaciones para medir distancias, latitudes o longitudes.

Respecto a los mapas elaborados por cartógrafos que trabajaban en sus talleres, el caso es diferente. El valor científico de sus obras dependió de las fuentes de información que pudieron reunir. Básicamente éstas fueron las provenientes de quienes realizaron en forma directa los reconocimientos de las regiones, litorales y otros accidentes geográficos. Si los materiales aportados fueron efectivamente fruto de observaciones llevadas a cabo con el rigor y la precisión que les permitieron los conocimientos e instrumentos a su alcance en su correspondiente época, dependió luego de los cartógrafos aprovecharlos debidamente en sus talleres. Dicha tarea implicó no sólo copiar lo delineado en esos materiales, sino confrontarlo con lo hasta entonces conocido y difundido por otros cartógrafos y, asimismo, con lo que pudo derivarse de las noticias y mapas proporcionados por diferentes personas que habían recorrido la misma zona terrestre o marina.

En el universo de la cartografía —la universal o la de un país o región en particular— ha habido así estos dos géneros básicos de producciones. Otra distinción, que también debe hacerse, se refiere precisamente a lo que se quiso abarcar en los distintos mapas y planos. Ha habido propósitos tan diferentes como los de querer presentar una imagen de toda la superficie terrestre, o la de un continente, un país, una provincia, una ciudad o una propiedad, determinadas tierras comunales, una hacienda o un rancho. Pero, además de estas diferencias, importa señalar que, también en razón de los propósitos utilitarios, hay que distinguir otros varios géneros en las producciones cartográficas. Entre ellos están los mapas geológicos, orográficos, hidrográficos, de corrientes marinas, climatológicos, de determinados recursos naturales, de señalamientos etnológicos, lingüísticos o demográficos de tales o cuales regiones.

En lo que concierne específicamente a los planos hay también una amplia serie que comprende los elaborados para representar ciudades y pueblos con propósitos administrativos, de introducción de servicios, de regulación urbanística, de información para visitantes, de zonificación predial y tributaria, etcétera. En el caso de las cartas catastrales tienen particular importancia las que se destinan a mostrar las extensiones y linderos de las propiedades de tierras. La validez de estas cartas guarda estrecha relación con los métodos y técnicas empleados en su delineación.

Quienes en diversos tiempos y lugares han elaborado cartas, bien sea como resultado de reconocimientos directos o como cartógrafos en sus talleres y estudios, lo hicieron con uno o varios de los propósitos



enunciados. Es cierto que, sobre todo en el caso de maestros como Gerardo Mercator, Abraham Ortelio y otros, hubo también un interés de diseñar sus mapas con elementos ornamentales y bellos en sí mismos. Incluso cabe pensar, teniendo a la vista mapas y planos de autores poco o nada renombrados que los produjeron para satisfacer requerimientos eminentemente prácticos, que al menos en algunos casos dieron cabida en ellos a rasgos y elementos que pueden calificarse de “artísticos”.

Es verosímil suponer que especialmente los cartógrafos de profesión y reconocido prestigio, empeñados en producir obras de rigor científico y valor artístico, pudieron pensar que sus trabajos habrían de sobrevivir y ser apreciados por generaciones futuras. Ello no obstante tener a la vez conciencia de que nuevos reconocimientos geográficos y más rigurosas observaciones astronómicas habrían de aportar datos que se traducirían en más precisas producciones cartográficas.

Menos probable es que, con esa doble percepción de su propio trabajo, llegaran esos maestros a ufanarse de que sus mapas y planos serían atesorados necesariamente como otras creaciones del arte, pinturas, esculturas, trabajos de orfebrería, monumentos y otras obras arquitectónicas, o como las expresiones de la literatura clásica y del pensamiento científico o filosófico. Lo que es difícil que los cartógrafos tuvieran como seguro en la perduración y reconocimiento futuro de sus trabajos hoy, en cambio, se nos presenta como una realidad.

Puede afirmarse ahora que, en cuanto creaciones en que se refleja el saber científico —matemático, astronómico, geográfico y de otras disciplinas en distintas épocas—, y en las que el arte se conjuga con determinadas visiones del mundo, los mapas trascienden las circunstancias y propósitos de su elaboración. Justamente por esto, como ocurre con otras realizaciones del arte y el saber, hoy se conservan y atesoran mapas y planos como parte del patrimonio de la cultura de un país y aun de la humanidad. Ello puede percibirse mejor desde dos principales perspectivas relacionadas con lo que hasta aquí he expresado y que en seguida describiré con mayor detenimiento.

### 1. LA CARTOGRAFÍA, TESTIMONIO DE CIENCIA Y ARTE DE UNA ÉPOCA Y A LA VEZ “SPECULUM” EN QUE SE REFLEJAN ACONTECERES, HISTORIA Y CULTURA DE LA MISMA

Una primera perspectiva es la que lleva a percibir en mapas, planos y otras formas de representación geográfica —como por ejemplo los globos terráqueos— la *impronta* y testimonio del ámbito de cultura en que



se elaboraron. Entre otras cosas, esta perspectiva permite apreciar el grado del saber científico y de capacidad tecnológica que hicieron posible su delineación, en ocasiones con nuevas formas de proyección geográfica, entre ellas la célebre de Mercator de 1569, que hasta hoy se aplica en muchas cartas. Otro tanto ocurre con lo que se percibe en numerosos mapas en cuanto a expresión artística y logros a veces extraordinarios en el grabado y en su realización tipográfica.

El otro punto de vista pone al descubierto la significación de la cartografía en su relación con el patrimonio cultural, en cuanto que en ella —como lo expresaron algunos de los grandes maestros del siglo XVI— se tiene un *speculum orbis terrarum*, es decir, un espejo de lo que hay en las tierras del orbe o de algunas regiones del mismo. En tal *speculum* se hallarán reflejadas, de múltiples formas, realidades que fueron consecuencia de acontecimientos trascendentales en el universo de la cultura. Ejemplo de esto son las fundaciones y desarrollo de ciudades y metrópolis representadas en los mapas; la aparición de sistemas de comunicación con todo lo que implican, desde el comercio hasta la circulación de ideas y creencias; cambios en las fronteras; viajes y descubrimientos de tierras tenidas antes como “incógnitas”. Más aún, hay cartas en que pueden verse las formas de construcciones, los atavíos de los habitantes, así como muestras de la flora y la fauna. Contemplados los mapas como *specula* de historia y cultura, su valor, sus potencialidades de atracción se tornan patentes.

## 2. LAS PRODUCCIONES CARTOGRÁFICAS DE LO QUE HOY ES MÉXICO

Aplicando lo anterior a la cartografía referente a México, la elaborada en él o en otros países, son múltiples los motivos por los que interesa acercarse a ella y preservarla como parte de su patrimonio cultural. A través de los mapas y cartas aquí delineados cabe enterarse de lo que ha sido el desarrollo de varias ramas del saber en las distintas etapas de la historia de México. Esto, desde el periodo prehispánico, en que también hubo mapas; luego en los siglos novohispanos durante los cuales se realizaron muy importantes trabajos cartográficos y, finalmente, en los tiempos de su vida independiente.

Este gran conjunto de mapas y planos —algunos también de considerable mérito artístico— nos revela sucesivas y variadas tomas de conciencia de lo que, en distintos momentos, se pensó del ser geográfico del país. En ellos podemos observar y estudiar cómo se fueron reconociendo y presentando los accidentes de su territorio, su perfil

geográfico, extensión no siempre igual, presencia de diferentes grupos étnicos patente a través de la toponimia, surgimiento de ciudades, propósitos con que se trazaron sus vías de comunicación, ubicación de sus recursos básicos, campos de cultivo, regiones pesqueras, ganaderas, minas, etcétera.

Así como la historia de un país deja ver lo más sobresaliente en su formación y desarrollo, la cartografía ofrece plásticamente imágenes del mismo. Estas imágenes permiten a sus habitantes percatarse de lo que —podría decirse con una metáfora— han pensado en “su cuerpo”, sus características físicas, pequeñez o grandeza, potencialidades, situación en el mundo. En la cartografía mexicana hay pinturas con signos glíficos que muestran cómo concibieron diversas naciones indígenas el ámbito en que vivían. La llegada de los europeos, portadores de otra visión del mundo, dio lugar a formas de representación geográfica muy distintas, en las cuales, incluso en la toponimia —con nombres de santos y de lugares del país de origen—, se implantó la huella de la religión cristiana y de otras muchas evocaciones de su propia cultura.

La producción de incontables mapas —incluyendo ya la de cartógrafos europeos difundida en atlas y en otras obras impresas— fue haciendo posible que la élite novohispana poco a poco tomara conciencia de que “su país”, por su extensión y riquezas naturales, tenía considerable importancia en el mundo. A la luz de esto se comprenderá mejor por qué, sobre todo durante el último tercio del siglo XVIII, o sea en vísperas de su independencia, varios mexicanos, como Francisco Javier Clavigero y José Antonio de Alzate, prepararon mapas en los que puede verse en plenitud el ser geográfico de la que consideran es su patria.<sup>3</sup>

Recordaré también un mapa de Alejandro de Humboldt de 1809, reproducido luego varias veces. En él, con la inscripción “Carte du Mexique”, se contempla su entonces enorme territorio, que abarcaba desde más al norte del puerto de San Francisco hasta una parte de la América Central.<sup>4</sup> Tal imagen geográfica que, con el prestigio del sabio alemán, confirmaba lo que se veía en mapas como los de Alzate, pudo contribuir a fortalecer la confianza de algunos mexicanos en lo que deseaban fuera su destino. En este sentido acercarse a la cartogra-

<sup>3</sup> El primero incluyó ese mapa en *Storia antica del Messico*, 4 v., Cesena, 1780, t. I, entre las p. 18-19. El segundo hizo grabar su mapa en 1768 y lo dedicó “a los sabios miembros de la Academia Real de Ciencias de París”.

<sup>4</sup> Ese mapa quedó luego incorporado al *Atlas de la Nouvelle Espagne* que publicó Humboldt en París, en 1811, como complemento de su *Ensayo político de la Nueva España*, publicado también en París el mismo año.



fía en parangón con la historia resulta revelador. Piénsese ya sólo en lo que debió significar para muchos, sólo unas cuantas décadas después, ver en otros mapas que México había perdido la mitad de su ser geográfico.

La cartografía es así *speculum*; en él se reflejan imágenes que son huella y testimonio de la historia de un país. Y no sólo es ella *speculum*, ya que, como vimos, puede ser también medio para que muchos tomen conciencia y valoren lo que son las potencialidades de ese mismo país. Los mapas pueden llegar a ser entonces no ya sólo legado valioso, sino fuente de incentivos, por no decir de inspiración.

Con cierto detenimiento ofreceré en seguida no un inventario del gran *corpus* cartográfico mexicano que requeriría varios volúmenes, sino un recorrido que ayude a percibir su enorme variedad, tanto de la producida en el propio país como la que acerca del mismo se ha elaborado fuera. Hace más de un siglo el muy meritorio Manuel Orozco y Berra, autor de tantas cosas, entre ellas varios mapas, publicó dos obras sobre la historia de la cartografía mexicana. Debemos reconocer que su trabajo no ha sido superado del todo.<sup>5</sup>

Por razones metodológicas, en el recorrido que emprendo ahora seguiré dos caminos que al final convergen. Uno es el que nos lleva a acercarnos a la cartografía producida en México; el otro es el que conduce a las obras de cartógrafos extranjeros tocantes a este mismo país.

### 3. EL LEGADO DE LOS MAPAS-CÓDICES PREHISPÁNICOS

Fuera del Viejo Mundo —Europa, Asia y África— sólo en Mesoamérica se desarrollaron varias formas de escritura y se produjeron libros. En algunos de ellos, conocidos como códices, y también en lienzos de algodón, se dibujaron y pintaron varias formas de mapas y planos.

Comenzaré atendiendo a los prehispánicos y después a los más abundantes, también indígenas, elaborados en el periodo colonial. Gracias a testimonios de varios conquistadores y cronistas —Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo y Pedro Mártir de Anglería, entre otros—<sup>6</sup> consta no sólo la existencia de mapas en el México prehispánico,

<sup>5</sup> Manuel Orozco y Berra, *Materiales para una cartografía mexicana*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1871; *Apuntes para la historia de la geografía en México*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1881.

<sup>6</sup> Hernán Cortés, *Cartas de relación y documentos*, introducción de Mario Hernández Sánchez Barba, México, Porrúa, 1963, p. 65-66, 243; Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 2 v., introducción y notas de Joaquín Ramírez Caba-



sino también de sus características más sobresalientes. Por otra parte, en algunos de los pocos códices mixtecos prehispánicos que se conservan hay páginas con representaciones de carácter geográfico. Con apoyo en ellas y en los testimonios que mencioné antes pueden describirse algunos de los rasgos principales de la cartografía prehispánica.

Frecuentemente se trata de mapas-paisaje desprovistos de escala en los que, con dibujos convencionales, aparecen los principales accidentes geográficos de una determinada región: montañas, barrancas, ríos, cuevas, litorales, así como animales, plantas, seres humanos, poblaciones y caminos... Casi siempre se expresan con glifos toponímicos los correspondientes nombres de pueblos, ciudades y aun de algunos accidentes geográficos. Cortés y Bernal Díaz hablan además de “itinerarios” y cartas en que, “muy al natural”, se registraban cerca de 200 leguas a lo largo de las costas del Golfo de México.<sup>7</sup> Pedro Mártir afirmó haber recibido un mapa de grandes proporciones en el que se veía la ciudad de México-Tenochtitlan y toda la cuenca lacustre con indicación de las otras poblaciones ribereñas.<sup>8</sup> Acerca de las representaciones geográficas de códices como el *Nuttall* y el *Vindobonense*, y también de otros que se elaboraron muy poco después de la Conquista, como el *Xólotl*, puede decirse que fueron concebidas como “escenarios” en los que se desarrolla una serie de acontecimientos.<sup>9</sup> Éste es un rasgo de mucho interés en los mapas mesoamericanos que se tornan así en documentos de representación espacio-temporal.

La existencia de esta forma de cartografía —de la que se sabe que existían repositorios o “mapotecas”—<sup>10</sup> constituye el primer capítulo en la larga y rica historia de este género de creaciones que pertenecen al legado cultural de México.

Los muy pocos códices prehispánicos que incluyen representaciones geográficas se conservan fuera de México. En los cinco de procedencia mixteca hay registros de montañas, caminos, corrientes de

ñas, México, 1955, t. 1, p. 317; Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, 2 v., traducción del latín de Agustín Millares Carlo, México, José Porrúa e hijos, 1964, t. 1, p. 542-543 y 564-565.

<sup>7</sup> Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. 1, p. 317.

<sup>8</sup> Mártir de Anglería, *op. cit.*, t. 1, p. 564.

<sup>9</sup> *Códice Xólotl*, reproducción facsimilar, introducción y comentario de Charles E. Dibble, 2 v., México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1980. Este códice incluye nueve “mapas-escenario” del valle de México.

<sup>10</sup> Ello se infiere de lo que expresó Cortés de la pronta entrega de un mapa que solicitó de Moctezuma, *op. cit.*, p. 69; asimismo habla de esto Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, edición de Edmund O’Gorman, 2 v., México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975, t. 1, p. 527.

agua, pueblos y ciudades, en los que se sitúan diversos acontecimientos históricos.<sup>11</sup> Sin embargo, son en esto de principal interés el llamado *Vindobonense*, que guarda la Biblioteca Nacional de Austria, y el *Nuttall*, preservado en el Museo Británico.<sup>12</sup> En ambos hay varias que pueden calificarse de “escenas geográficas”. En el *Vindobonense* se dedican varias páginas a lo que puede designarse como amplio registro de la “geografía sagrada”, en la que ocurren los sucesos históricos que constituyen la temática del códice.<sup>13</sup>

En las páginas 1 a 4 están pintados, con sus correspondientes glifos, 16 “unidades geográficas” no muy extensas que contrastan con otras representaciones también geográficas, como las que aparecen en las páginas 5, 9-10 y 21 del mismo manuscrito. En éstas se ven grandes cordilleras con varios promontorios o cumbres y diversos conjuntos de poblaciones indicadas por medio de sus glifos.<sup>14</sup> Escenarios esplendentes por su rico colorido son los de este códice, cuya geografía es ámbito donde actúan hombres y mujeres y viven también animales y plantas, pero en la que la presencia de los dioses también se deja sentir.

He hecho referencia a estos rasgos y elementos para dejar entrever la riqueza semántica de estas imágenes y glifos, las más antiguas representaciones de cartógrafos y pintores indígenas mesoamericanos que han sobrevivido a infinidad de riesgos. Aun cuando ninguno de estos códices se conserva en México, no por ello dejan de ser parte muy significativa de su legado cultural. En un sentido más amplio y verdadero, lo son también de la humanidad.

#### 4. CARTOGRAFÍA INDÍGENA DEL PERIODO COLONIAL

Mucho más numerosos son los mapas y planos indígenas que se conservan del periodo colonial. En la mayor parte de ellos sobreviven algunas de las características que tenían los de manufactura prehispánica. También son frecuentemente escenarios de acontecimientos. Asimismo sue-

<sup>11</sup> Los códices mixtecos prehispánicos que se conservan son el *Vindobonense*, *Nuttall*, *Bodley*, *Colombino-Becker* y, de estilo netamente indígena, pero con noticias hasta el año 1560, el *Selden*.

<sup>12</sup> *Codex Nuttall. A Picture Manuscript from Ancient Mexico*, con un estudio de Zelia Nuttall, Nueva York, Dover Publications, 1975.

<sup>13</sup> *Codex Vindobonensis Mexicanus I*, estudio de Otto Adelhofer, Graz, Akademische Druck und Verlagsanstalt, Austria, 1965.

<sup>14</sup> Una descripción de estas páginas la ofrece Jill Leslie Furst, en *Codex Vindobonensis Mexicanus I: A Commentary*, Nueva York, Institute for Mesoamerican Studies, State University of New York at Albany, 1978, p. 313-316.



len incluir los mismos glifos para indicar toponímicos. A medida que su ejecución se aleja de los años de la Conquista, se fueron introduciendo en ellos elementos de origen europeo, tales como dibujos de iglesias para indicar poblaciones, glosas o pequeños textos escritos con el alfabeto bien sea en idioma indígena —generalmente en náhuatl como *lingua franca*— o en castellano. Cuando aparecen personas, no pocas llevan atuendos europeos; hay también representaciones de animales —reses, caballos, bovinos...— antes desconocidos en Mesoamérica.

De esta cartografía, de la que quedan muchas muestras, puede decirse que ofrece la posibilidad de seguir en diversos tiempos lo que fueron los complejos procesos de mestización cultural indígena-hispana. Mapas y planos son en sí mismos testimonios de ello. En tal sentido, su carácter de *specula* les confiere un interés excepcional. Más aún, hay que añadir que ciertos rasgos y elementos indígenas en el diseño de los mapas y planos topográficos llegaron a introducirse en cartas concebidas al modo europeo, aunque verosímilmente con participación de *tlahcuilos*. Como en un juego de espejos, puede hoy contemplarse en estos mapas no poco de la realidad cultural —espacio, tiempo y actores, españoles, nativos y aun negros— de los siglos novohispanos, tal como la concibieron indígenas descendientes de aquellos que experimentaron la confrontación del encuentro.

En muchos lugares de México, Europa, los Estados Unidos y aun Canadá se conservan estos mapas y planos indígenas del periodo colonial. El más importante repositorio en ésta y otras muchas materias es el Archivo General de la Nación. En muchos de sus ramos se incluyen mapas y planos, no pocos de tradición indígena, otros derivados de viajes y exploraciones, así como un considerable conjunto de cartas elaboradas por motivos tales como deslindes de tierras, pleitos tocantes a ellas, planos de ciudades, haciendas, fortificaciones, palacios, conventos, templos y simples casas-habitación.

Esos mapas y planos permiten seguir paso a paso una historia de grandes transformaciones, tal como la captaron quienes produjeron esas cartas. Tanto en los escenarios geográficos que se incluyen en los códices prehispánicos como en muchos de estos otros planos y mapas en los que es perceptible también la mano indígena, tenemos ante nuestros ojos imágenes henchidas de vida y actividad que integran la que llamaré historia en un espacio humanizado. Sólo que entre lo que conocemos de las producciones prehispánicas y las indígenas coloniales hay grandes diferencias. Éstas, a pesar de la supervivencia de buen número de antiguas formas de representación —el glifo del agua y el monte, que denota la ciudad; las huellas de pies para seña-

lar los caminos; los glifos toponímicos; el trazo de las corrientes de agua...—, abarcan una sucesión muy grande de realidades antes no vistas. Entre ellas sobresalen con frecuencia los símbolos cristianos, iglesias, cruces, presencia de frailes...; otros de la autoridad española, como los jueces con sus atavíos, sentados en sus sillas de madera (en vez de los *icpalli* o equipales que, con los *petlatl*, esteras o petates, denotaban el mando); asimismo, nuevas formas de cultivo, plantas y animales antes no conocidos en el Nuevo Mundo. Y, por encima de todo, destaca la diferencia que cada vez más se fue acentuando en el modo de concebir el espacio, ahora ya con una perspectiva nunca antes empleada, y con un colorido, en cambio, mucho menos intenso y variado.

Repositorios en los que también se conservan no pocos de estos manuscritos indígenas son la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, y el correspondiente Archivo Histórico, ubicados en el mismo edificio del Museo en Chapultepec. Casi todos se nombran de ordinario “códices”. Al investigador John B. Glass se debe un *Catálogo de la colección de códices* conservados en la referida biblioteca.<sup>15</sup> Además de muchos códices de contenido histórico o genealógico, los propiamente cartográficos ostentan con frecuencia la mencionada característica de los mapas indígenas de ser escenarios de diversos acontecimientos.

En ellos, gente de estirpe nahua, otomí, purépecha, mixteca, zapoteca, chinanteca y cuicateca que los pintó, casi siempre incluyendo glifos al modo antiguo y a veces con glosas en su lengua, nos acerca al mundo en que vivió, tal como lo concebía y quiso mostrarlo. Fuera de México, en lugares como la Biblioteca Nacional de Francia, se conservan otros “códices-mapas” mesoamericanos del mismo género. Unos y otros, en su conjunto, cuentan quizá entre los testimonios más reveladores, ya que permiten contemplar aspectos interesantísimos de lo que era la vida en regiones con frecuencia aisladas en el ámbito colonial de México.

Mencionaré tan sólo algunos de estos mapas-códices para dar noticia de los lugares de los que son espejos: del ámbito poblano-tlaxcalteca provienen los *Mapas de Cuauhtinchan*, uno de *Cholula*, *Cuauhquechollan* y *Contlantzinco*. De la región central: los de *Popotla*, *Otumba*, *Coatlinchan* y el de enorme interés, por representar una parte de la ciudad de México, conocido como *Plano sobre papel de maguey*. Rica en información es esta carta que muestra canales y acequias de la

<sup>15</sup> John B. Glass, *Catálogo de la colección de códices*, México, Museo Nacional de Antropología, 1964.

ciudad, las divisiones de las parcelas, los nombres de sus poseedores y otras muchas cosas.<sup>16</sup>

Entre otros repositorios de la ciudad de México en que hay asimismo cartas indígenas de este periodo está la Biblioteca de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Ésta posee además varios atlas europeos, entre ellos uno manuscrito del siglo XVI atribuido a Battista Agnese, en el que hay un mapamundi que reproduce el perfil geográfico de México tal como se conocía hacia mediados del siglo XVI.<sup>17</sup> También es rica la mapoteca de la Biblioteca Nacional de México. En ella, además de un valioso conjunto de atlas y mapas europeos de interés para la cartografía mexicana, se conserva el *Códice o mapa de Santa María Asunción*, proveniente de un barrio de Tepetlaóztoc, cerca de Tezcoco. Muy grande es el interés de este manuscrito de mediados del siglo XVI. Constituye un detallado registro catastral en el que se ven numerosas parcelas de tierras con anotaciones glíficas de sus medidas lineales, tipo de suelos en cada caso, nombre de los parajes y de sus poseedores dentro del sistema de los *calpulli* o tierras comunales. Las pinturas están acompañadas de algunas glosas.

Por razones de espacio debo circunscribirme a mencionar tan sólo otros archivos y bibliotecas en donde hay también documentos que pertenecen a este legado cultural. Son ellos la Mapoteca Orozco y Berra, de la Dirección de Geografía, Meteorología e Hidrología; el Museo Nacional de Historia (Chapultepec); así como, fuera de la capital, el Archivo General del Estado de Tlaxcala; la Academia de Bellas Artes y la Casa del Alfeñique en Puebla; el Museo Regional (Guadalajara); el Museo Michoacano (Morelia); la Universidad Veracruzana y el Museo Veracruzano de Antropología (Jalapa), y la Universidad de las Américas (Cholula). Además, en numerosas comunidades indígenas de la región central y de Veracruz, Oaxaca y Guerrero principalmente, se conservan hasta hoy lienzos y documentos de interés relevante por su carácter de mapas y planos.

Fuera de México ocupa lugar prominente la ya citada Biblioteca Nacional de París. En su rica colección de manuscritos mexicanos se conservan no pocos cartográficos de estilo indígena tan importantes como el *Códice Xólotl*, los mapas *Tlotzin* y *Quinatzin*, los planos topo-

<sup>16</sup> Este plano ha sido estudiado por Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández en *Planos de la ciudad de México, siglos XVI y XVII*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1938, p. 55-84.

<sup>17</sup> Existe reproducción facsimilar de este atlas: *Un portulano miniado del siglo XVI*, con nota introductoria de Cristina Sánchez de Bonfil, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1987.



gráficos de Hueyapan y de Santa María Ixcatlan, el *Mapa número 1 de Cuauhtinchan*, dos planos de propiedades de tierra de Xochimilco, la *Historia tolteca-chichimeca* (que incluye diversos planos) y otras varias cartas de procedencia y estilo indígenas.

Éste es el primer gran capítulo en la historia del legado cartográfico de México. Relativamente poco estudiado, es campo abierto en el que pueden anticiparse muchas sorpresas y hallazgos.

## 5. CARTOGRAFÍA NOVOHISPANA HASTA MEDIADOS DEL SIGLO XVI

Muy abundantes son también los mapas y planos producidos a lo largo de los siglos XVI y XVIII. Varias distinciones deben establecerse en su conjunto. Una es su origen, elaborados en México o fuera de él; otra, en el caso de los primeros, entre los producidos en el curso de expediciones marítimas y terrestres, y los delineados posteriormente o en otras circunstancias. Asimismo, deben destacarse las diferencias obviamente perceptibles en función de la época de que provienen. Así, por ejemplo, suelen tener imprecisiones los más antiguos y ser más fieles imágenes geográficas los de los tiempos posteriores, realizados con mayores recursos por cartógrafos profesionales.

Mi intención no es hacer aquí un catálogo sino mostrar al menos algo de la riqueza semántica de muchas de estas producciones. Son ellas también *specula* en que quedaron reflejadas las observaciones y tomas de conciencia de no pocos mexicanos, españoles y diversos extranjeros respecto a un vasto territorio en el que gente y cultura experimentaban intensos procesos de cambio. Muestran también cómo, con el paso del tiempo, se fueron integrando las imágenes del ser geográfico de México al más amplio del Nuevo Mundo, situado éste en el *speculum* que al fin se conformó de las *totius orbis terrarum*, las tierras todas del orbe. Cuando Alberto Durero contempló en 1520 los tesoros que Cortés había enviado a Carlos V, llamó al país del que procedían “Tierra del oro”, maravillado, como lo escribió, del ingenio de sus habitantes que habían logrado esas creaciones.<sup>18</sup> De ese país para él, como para casi todos los europeos, entonces desconocido, se había delineado ya, un año antes, un mapa en el que se trazaron con bastante aproximación sus litorales atlánticos, es decir, los del Caribe y el Golfo, desde

<sup>18</sup> Albrecht Dürer, *Tagebuch der Reise in die Niederlande, Anno 1520*, en A. Dürer in seinen *Briefen und Tagebüchern*, *Zusammengestellt von Dr. Ulrich Peters, Francfort del Meno, Verlag von Moritz Diesterweg, 1925, p. 24.*

Yucatán hasta Florida. Dicho mapa fue consecuencia de la expedición realizada en 1519 por Alonso Álvarez de Pineda, enviado de Juan de Garay. Conservado hoy en el Archivo de Indias, en Sevilla, es el testimonio más antiguo de origen europeo en el legado cartográfico de México. Entre otras cosas es de notarse que en su delineación Yucatán aparece como península, idea que muy pronto fue abandonada al representarse como isla.

Ello ocurrió muy pronto, cuando en la edición de la *Segunda carta de relación* de Cortés, traducida al latín y publicada en Nuremberg en 1524, se incluyó un mapa de los mismos litorales, casi seguramente derivado del de Álvarez de Pineda. Dicho mapa debió hallarse en el Padrón Real de Sevilla, de donde alguien sacó una copia que se publicó en Nuremberg en 1524. Con modificaciones, original y copia representan a Yucatán como isla. Es de grande interés notar que debajo de este mapa se registra la escala con que está hecho.

En la misma hoja, a un lado de dicho mapa, hay un plano de la ciudad de México-Tenochtitlan. Aunque a primera vista parece fantástico e inspirado en el de alguna ciudad europea situada en medio de un lago, un cuidadoso examen deja ver que fue dispuesto por una persona que conoció la ciudad prehispánica antes de su destrucción. Mapa y plano constituyen las primeras producciones cartográficas de México que fueron impresas. Desde poco tiempo después, copiando con diversas alteraciones el plano de la ciudad, se imprimieron en el siglo XVI y siguientes otras imágenes de la metrópoli mexicana cuya descripción tanto asombró a los europeos. Además de la edición de Nuremberg, apareció el mismo año otra en Venecia con traducción de la misma carta al italiano y los mismos mapa y plano. Los ejemplares — bastante pocos— que se conservan de una y otra de estas ediciones de 1524, son hoy parte del legado cartográfico de México. En este país se preservan ejemplares de ambas en la Biblioteca Nacional y en la del Centro de Estudios de Historia de México, Condumex, que publicó en 1980 una reproducción facsimilar que incluye las delineaciones cartográficas.<sup>19</sup>

Mapa asimismo de fecha muy temprana y fruto de observaciones directas es el del extremo sur de la península de California, relacionado también con Cortés, ya que se produjo hacia 1535, es decir, al tiempo de su estancia en la que bautizó Tierra de la Santa Cruz, hoy bahía

<sup>19</sup> El título en latín de la edición de Nuremberg es *Preclara Ferdinandi Cortesi de Nova maris Oceani Hispania narratio Sacratissimo ac invictissimo Carolo Romanorum Imperatori*, Anno M. D. XXIII. Existe reproducción facsimilar publicada por Condumex, México, 1980.

de La Paz.<sup>20</sup> Este mapa y otro de hacia 1540, debido al piloto Domingo del Castillo quien navegó a todo lo largo del Golfo de California y siguió las costas del Pacífico de la península en 1539 y 1540, son las dos cartas más antiguas que se conservan con parte de los litorales occidentales de México en el que se conoció como Mar del Sur. En tanto que la primera de estas cartas y la de Álvarez de Pineda se hallan en el Archivo de Indias, una copia de la segunda se guarda en el Museo Naval en Madrid. De ambas existen buenas reproducciones facsimilares publicadas en México.

Conviene volver aquí la atención a varios mapas del continente y del mundo que, entre los años 1525 y 1545, se elaboraron en España, Portugal, Italia y Francia, en los que cartógrafos profesionales, tomando en cuenta las delineaciones existentes, incluyeron por vez primera el perfil de México o parte de él en el *speculum totius orbis terrarum*. Aunque ningún original de estas cartas se conserva en México, puede afirmarse que guardan estrecha relación con su legado espiritual de cultura. En ellas están las primeras imágenes en que se sitúa a México en la geografía universal, trazadas por europeos, con base en lo que españoles, auxiliados por indígenas, habían observado y registrado.

Quizá la carta más antigua de este género es la que se conoce como “Planisferio Castiglioni”, procedente del Padrón Real y producida en 1525. Según parece, Carlos V la obsequió al nuncio papal Baltassare Castiglioni. Se trata de una carta náutica en la que, por lo que se refiere a México, se ven los litorales del golfo de Yucatán como isla y sólo la área reconocida hacia el Pacífico en lo que hoy es parte de Guerrero, Oaxaca y Chiapas. La ciudad de México ocupa allí un lugar desproporcionadamente grande. Este planisferio, que no se publicó en su tiempo y del que sólo hay facsímiles tardíos, se conserva en la Biblioteca Medicea-Laurenziana de Florencia.

Otras cartas también de tempranas fechas en que un parecido perfil de México continuó difundiéndose son: una atribuida a Jerónimo de Verrazano de 1525 o 1526, preservada en la Biblioteca Pública de Turín; la del Visconte Maggiolo, de 1527 (Biblioteca Ambrosiana de Milán), y las debidas al célebre cartógrafo portugués al servicio de Castilla, Diego Ribeiro, de 1529 y años siguientes. Tal vez la más conocida de ellas es la existente en la Biblioteca Vaticana, intitulada “Carta universal en la que se contiene todo lo que ha sido descubierto del mundo

<sup>20</sup> Véase el estudio y reproducción de este mapa en Miguel León-Portilla, *Cartografía y crónicas de la Antigua California*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas y Fundación de Investigaciones Sociales, 1989, p. 48-51.

hasta este momento. Diego Ribeiro, cosmógrafo de Su Majestad la realizó en el año 1529 en Sevilla”

La imagen que en esta última se contempla de México incluye sus litorales atlánticos y sólo los conocidos hasta entonces del Pacífico. La ciudad de México se representa en forma prominente, a tal grado que destaca entre las mayores si no es que es la más grande del mundo.

Otros dos cartógrafos dieron también temprana cuenta de lo reconocido por las expediciones a lo largo de los litorales mexicanos del Pacífico. Uno fue Battista Agnese, que difundió desde 1542 tal logro en varios mapamundis. El otro es Sebastián Caboto que, en su mapamundi de 1544 realizado con gran rigor científico, trazó el perfil de México pero dejando en blanco lo que pudiera haber más al norte de la península de California. Esta carta, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, incluyó en las regiones septentrionales un testimonio que dice: “Esta tierra fue descubierta por el marqués del Valle de Oaxaca, don Hernando Cortés”.<sup>21</sup>

De estos mapamundis en que se incluyó ya el perfil geográfico de México, ninguno llegó a imprimirse. Sólo una versión de Battista Agnese se publicó años más tarde. Correspondió a otros sacar a luz las primeras cartas en las que el Nuevo Mundo, con el trazo de sus litorales Atlántico y Pacífico, abarcaba a la que se llamaba Nueva España, dejando en blanco lo que permanecía desconocido más allá de la península californiana. Fueron Pedro de Medina en su *Summa de cosmografía* (1545) y Giovanni Batista Ramusio en su *Navigazioni e viaggi* (1556) los que primero realizaron esto. Francisco López de Gómara en la *Historia de las Indias* (1552) también incluyó un mapamundi, pero en él optó por suponer que los litorales del Pacífico se extendían abarcando muchos grados de longitud, continuando el perfil hasta el extremo norte del hemisferio.<sup>22</sup>

Completada en relativamente poco tiempo la imagen geográfica de la Nueva España, las noticias que se propalaban de sus fabulosas riquezas avivaron el interés en Europa por conocer más acerca de ella. A los indígenas, mestizos y criollos, y aun a la gran mayoría de los españoles establecidos en México, les era, en cambio, muy difícil tener acceso a esa cartografía en la que se representaba en su plenitud el gran país en que vivían. Sabían de expediciones a regiones aparta-

<sup>21</sup> Un estudio de este mapamundi lo ofrecen D. Fite Emerson y Archibald Freeman, en *A book of old maps delineating American history*, Nueva York, Dover Publications, 1969, p. 61-63.

<sup>22</sup> Francisco López de Gómara, *Primera y segunda parte de la historia de las Indias y Conquista de México*, en Zaragoza, 1553. Reproducción facsimilar, México, Conдумex, 1978.

das en el Septentrión y aun hacia las islas de la Especiería, pero debió de ser muy raro, si no es que imposible, encontrar a alguien en México que pudiera informar, por ejemplo, de cómo era esa “isla” o tierra que habían nombrado California. La cartografía existente, que habría de llegar a ser un legado cultural, era por entonces desconocida en el país que se representaba en ella.

## 6. TOMAS DE CONCIENCIA DEL PROPIO SER GEOGRÁFICO

Otra forma de cartografía comenzó también a producirse a partir de la segunda mitad del siglo XVI. Se originó en diversos propósitos de las autoridades españolas interesadas en conocer y registrar las tierras que les estaban ya sometidas. Un trabajo digno de particular mención se debió al empeño del oidor de la Nueva Galicia, Hernán Martínez de la Marcha, quien visitó ese territorio en 1549 y 1550. Al informar a la corona de la situación que prevalecía en lo que era entonces el Septentrión de la Nueva España, y de la conveniencia de que la sede del obispado fuera Guadalajara y no Compostela, envió también “cuatro prolijas pinturas”.<sup>23</sup>

Una de éstas se conserva y es el primer mapa de la Nueva Galicia y regiones adyacentes. Abarca sus litorales en el Pacífico, con indicación de varios puertos y bahías, desde la desembocadura del río Grande de Santiago hasta los límites con Michoacán. Ciudades como Guadalajara, Colima, Compostela y Tepic, con numerosos pueblos, aparecen en su ubicación correcta. El curso del Santiago, desde su salida del lago de Chapala, se ve como una frontera natural que separa al territorio ya plenamente bajo la soberanía real, respecto del otro situado al norte, que se considera “tierra de guerra”. Como en los mapas prehispánicos, se ven allí escenas de combates en los que participan diversos grupos chichimecas. Varias glosas proporcionan información. Una de ellas se limita a la palabra *Tenamastle*, aludiendo a la rebelión encabezada por éste, conocida como “guerra del Mixtón”, que puso en jaque al virreinato en 1540-1542. Este mapa, conservado en el Archivo de Indias, es documento inestimable en el conjunto cartográfico novohispano.<sup>24</sup> Ob-

<sup>23</sup> Hernán Martínez de la Marcha, “Suma de la visita general de 1550”, Sevilla, Archivo General de Indias, *Audiencia de Guadalajara* 5, f. 2r.

<sup>24</sup> Un estudio y reproducción de este mapa lo ofrece José Francisco Román Gutiérrez en *Sociedad y evangelización en Nueva Galicia durante el siglo XVI*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco y Universidad Autónoma de Zacatecas, 1993, p. 113-125.

viamente delineado por un español que conocía esta vasta región, es curiosa la presencia en él de las escenas que registran acontecimientos al modo de los mapas-escenarios indígenas.

Menos de tres décadas después se inició un magno proyecto de investigación que abarcó extensiones más grandes en la Nueva España. Su realización incluyó pormenorizadas respuestas a un amplio cuestionario de 50 capítulos sobre aspectos geográficos, históricos, económicos, etnológicos y lingüísticos, así como la elaboración de un importante conjunto de mapas y planos. Aunque también se hizo una pesquisa semejante en el virreinato del Perú, los frutos alcanzados en la Nueva España no tienen paralelo.

Los trabajos se iniciaron en 1577 y en algunos lugares se prolongaron hasta 1585. Se conservan 166 relaciones geográficas relativas a lugares situados en los antiguos obispados de México, Tlaxcala, Michoacán, Guadalajara, Antequera (Oaxaca) y Yucatán. De ellas se conocen 76 mapas: 21 para el arzobispado de México; 19 de Tlaxcala; 6 de Michoacán; 2 de Guadalajara; 22 de Antequera y 4 de Yucatán. Se sabe, desde luego, que otros mapas se extraviaron.

Las relaciones y sus mapas se conservan en tres repositorios: el Archivo de Indias (27 relaciones), la Biblioteca de la Real Academia de la Historia (12) y la Colección Latinoamericana de la Universidad de Texas en Austin (37), que por cierto estuvieron antes en poder de don Joaquín García Icazbalceta.

Existen varios importantes estudios de este conjunto de testimonios, así como una reciente adición de los mismos.<sup>25</sup> Los mapas ostentan rasgos a veces muy distintos entre sí. Unos son en realidad planos de pueblos o ciudades como, por ejemplo, el de Culhuacán, que mantiene, al igual que otros, varios elementos de la tradición indígena. Hay algunos que son auténticas cartas geográficas, como el de Teozacualco en Oaxaca, que incluye además las genealogías de antiguos gobernantes indígenas acompañadas de glifos y glosas. Dicho mapa fue para el investigador de los códices mixtecos, Alfonso Caso, una especie de “piedra roseta” de inestimable valor.

Una vez más, hay que decir que en este *corpus* cartográfico tenemos un conjunto de *specula* que permite considerar no pocos de los

<sup>25</sup> Véanse los artículos de Howard F. Cline, Peter Gerhard, Donald Robertson, Herbert R. Harvey y Robert C. West acerca de las *Relaciones geográficas de la Nueva España*, que integran el volumen 12 del *Handbook of Middle American Indians*, Austin, University of Texas Press, 1972; René Acuña ha publicado las *Relaciones geográficas* de Guatemala, Tlaxcala, México, Oaxaca, Michoacán y Nueva Galicia, 10 v., México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1982-1988.



cambios ocurridos en buena parte de la Nueva España, poco más de medio siglo después de su sujeción a la corona española. A pesar de los estudios realizados en torno a esta preciada cartografía, mucho queda aún por investigar. El legado cultural de México tiene en ella testimonios que difícilmente pueden encontrarse en otros países del mundo.

Otra realización cartográfica, de estricto rigor científico, tuvo lugar cerca de 20 años después. Fue uno de los resultados del viaje de exploración que en 1602-1603 emprendió en el Pacífico el entonces ya muy conocido navegante Sebastián Vizcaíno. Enviado por el virrey conde de Monterrey, su propósito fue conocer y demarcar los puertos y otros accidentes geográficos, desde el cabo San Lucas hasta el Mendocino, del que se tenía noticia de tiempo atrás gracias al viaje de Juan Rodríguez Cabrillo en 1542.

De regreso, poco menos de un año después, se entregó toda la información reunida al célebre Enrico Martínez. Éste, tras cuidadoso estudio y amplias consultas, preparó 36 planos de demarcación, que abarcan los lugares más importantes desde el puerto de Navidad —de donde zarpó la expedición— hasta el cabo Mendocino. Estos planos, todos de enorme interés como, por ejemplo, los de la Ensenada de Todos Santos y el del puerto de San Diego, constituyen las primeras cartas realizadas con criterios científicos en relación con el Pacífico norteamericano. Conservados en el Archivo de Indias (*Audiencia de México*, 372), son *specula* en que pueden verse, con sus respectivas escalas, imágenes de lugares que habrían de cobrar enorme importancia, varios de los cuales despertaron la codicia del país que, al apoderarse de ellos, aceleró el proceso que lo convirtió en el más rico y más poderoso del mundo.

Una ironía, sin embargo, se siguió asimismo de esta expedición. El fraile carmelita Antonio de la Ascensión, que iba como capellán, actuó por su cuenta como geógrafo espontáneo. Preparó así un mapa en el que representó a California como una gran isla. Años más tarde, hacia 1619, una copia de ese mapa cayó en poder de corsarios holandeses. Al difundirlo éstos, se dio entrada en la cartografía universal —según veremos luego— al error que se perpetuaría por mucho tiempo de tener por isla a la que, desde las expediciones de Francisco de Ulloa (1539) y Hernando de Alarcón (1540), había quedado reconocida y representada en muchos mapas como península.

La producción de mapas y planos en la Nueva España nunca se suspendió. A Carlos de Sigüenza y Góngora se deben varios, entre ellos uno que Manuel Orozco y Berra describe como el primer mapa de con-

junto del territorio del país realizado por un mexicano.<sup>26</sup> Además de incontables planos de pueblos, zonas rurales y otros del género catastral, conservados en el Archivo General de la Nación y en otros de diversas ciudades, varios todavía producidos por indígenas, existen conjuntos de cartas dignas de atención que se delinearon para acompañar a otras *Relaciones geográficas* que se prepararon en el siglo XVIII.

El postrer capítulo de la cartografía novohispana elaborada en México lo constituye el que debe calificarse otro *corpus*. Por una parte, merece particular atención la que puede llamarse “cartografía de los misioneros del norte”, en particular jesuitas. Comprende trabajos, muchos realizados con rigurosos métodos de observación astronómica y matemática, entre los que sobresalen los del padre Eusebio Francisco Kino.<sup>27</sup> Por otra parte está el importante conjunto de mapas que diseñaron sobre todo marinos, ingenieros y en algunos casos cartógrafos profesionales, durante el último tercio del siglo XVIII en relación con las expediciones que, tras reconocer los litorales del Pacífico, llegaron hasta Alaska.<sup>28</sup>

Uno y otro de este rico caudal de producciones cartográficas es revelador. El de los misioneros deja ver el decisivo papel que tuvieron en la expansión de Nueva España hacia el Septentrión, motivado por su celo evangélico y guiado por afanes de conocer la geografía de esas vastas regiones, no al azar sino con rigor científico. Ejemplo extraordinario de este género de trabajos es el conjunto de mapas dispuestos por el ya mencionado padre Kino, entre 1685 y 1702, en los que, con base en sus expediciones y observaciones, se recuperó el verdadero perfil geográfico de California como península.

A su vez, los marinos, ingenieros y cartógrafos dispusieron cartas que hasta hoy son objeto de reconocimiento. En ellas se tiene otro preciado legado en que se torna patente un esfuerzo conjunto de mexicanos y españoles que, teniendo en mente proteger fronteras ya desde

<sup>26</sup> Manuel Orozco y Berra, *Materiales para una cartografía mexicana*, op. cit., p. 80; *Apuntes para la historia de la geografía en México*, op. cit., p. 326-328; este mapa general de la Nueva España ha sido publicado por A. Sánchez Lamego en *El primer mapa general de México elaborado por un mexicano*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1955; en fecha reciente, Elías Trabulse se ha ocupado también de las aportaciones cosmográficas y cartográficas de Sigüenza en *Los manuscritos perdidos de Sigüenza y Góngora*, México, El Colegio de México, 1988, p. 67-74.

<sup>27</sup> Véase Ernest J. Burrus, *Kino and the cartography of Northwestern New Spain*, Tucson, The Pioneer's Society, 1965.

<sup>28</sup> Varios de estos mapas están publicados y comentados por María Luisa Martín-Meirás en *Cartografía novohispana, una selección de los manuscritos y grabados que, al respecto, se conservan en el Museo Naval de Madrid*, México, San Ángel Ediciones, 1980.



entonces amenazadas, realizaron a la vez una de las más importantes contribuciones cartográficas de fines de ese siglo. Abarcan ellas los litorales y principales accidentes en el Pacífico en lo que son hoy los Estados Unidos, Canadá y Alaska.

## 7. EL LEGADO DE LA CARTOGRAFÍA UNIVERSAL CONCERNIENTE A MÉXICO

De entre los muchos mapas generales o parciales, planos y otros trabajos, publicados fuera de México, pero tocantes a su geografía, aludiré aquí a algunos de particular interés. Es cierto que los elaborados en el mismo país reflejan lo que, en varios momentos, algunos de sus habitantes pensaron de la realidad geográfica en que vivían y los recursos naturales y aspectos culturales que percibían en él. Los producidos en el extranjero también interesan mucho porque muestran las imágenes que “otros” concibieron y registraron plásticamente del mismo vasto territorio, consecuencia de lo que pudieron captar de él.

De gran interés en este contexto fue la inclusión de la “Nueva Hispania” en una carta especial dentro de la *Geografía* de Claudio Ptolomeo. Como se sabe, coincidió con el Renacimiento el reencuentro con las varias obras de este cartógrafo de la Antigüedad Clásica. A partir de 1475 comenzó a publicarse su *Geografía* con diversos comentarios. A medida que fue enriqueciéndose la *imago mundi*, se adicionó la obra de Ptolomeo con nuevos mapas. En varias ediciones de principios del siglo XVI, las regiones ya conocidas del Nuevo Mundo fueron incluyéndose en la *Geografía*. México aparece en ella por vez primera en la edición que Giacomo Gastaldi publicó en Venecia en 1548.

Es cierto que en ese mapa la delineación de los litorales de México está muy alejada de la realidad, mucho más que en otros ya existentes, como en el mapamundi de Sebastián Caboto de 1544. También es de notarse que representa a Yucatán como isla y es muy pobre y errónea la información que se refiere a la orografía y en general la que proporciona del interior del país. Sin embargo, tiene el mérito de haber sido la primera carta impresa dedicada exclusivamente a México, que quedó así incorporado a la concepción clásica y “universal” derivada de la *Geografía* de Ptolomeo.

Un paso adelante dio Girolamo Ruscelli cuando en otra edición preparada por él de la misma obra ptolemaica, publicada en Venecia en 1561, corrigiendo algunos errores del trabajo de Gastaldi, volvió a presentar una “Nueva Hispania, Tabula Nova”. Aunque es cierto que

su delineación se asemeja bastante a la de Gastaldi, su ubicación geográfica entre los paralelos 33 y 15 de latitud norte es bastante correcta. California y Yucatán se representan como penínsulas.<sup>29</sup>

Nada, o muy poco, se había publicado de la geografía del interior del país. El primero en hacerlo fue el célebre cartógrafo Abraham Ortelio. Con información mucho más abundante y precisa, y formando parte de su *Theatrum Orbis Terrarum* en la edición de 1579 y en suplementos posteriores, incluyó cuatro cartas exclusivamente dedicadas a otras tantas regiones de la Nueva España.<sup>30</sup> Una, con el título de *Hispaniae Novae sive Magnae Recens et Vera Descriptio, 1579*, comprende la parte central y más conocida, desde el paralelo 18 hasta el 22 en territorio ya de la Nueva Galicia. En ella sólo se delinea el litoral Pacífico ya que el mapa no llega por el oriente hasta el Golfo de México. Sorprende cómo pudo reunir Ortelio tan copiosa información del interior del país. De hecho registra en el mapa un gran número de poblaciones, grandes y pequeñas, ríos, lagos, montañas, bahías y otros accidentes.

Los otros tres mapas complementan hasta cierto punto el principal ya mencionado. Uno ostenta el título de “Guastecan Regio” y aparece desde el río de Las Palmas en casi 24 grados y medio hasta el 22 en el sur, en las inmediaciones de Tuxpan. En él se indican poblaciones como Tampico y Pánuco sobre el río del mismo nombre, y un gran número de lugares de menor importancia con sus topónimos huastecos siempre con el prefijo locativo *tam*. Los otros dos mapas son el de “Culiacanae Americae Regionis Descriptio” y “La Florida”. El que representa una parte del noroeste novohispano desde el río que se nombra “Piastla”, colindando con la Nueva Galicia, llega por el norte muy cerca de los actuales límites con los Estados Unidos. El referente a Florida es una continuación del que versa sobre la Huasteca y comprende el litoral del Golfo de México hasta incluir la Florida. Con el nombre de “Río del Spiritu Santo” aparece el Mississippi.

Aparte de la cartografía europea que continuó publicándose, en que aparece la imagen geográfica de este país —en mapamundis, planisferios, mapas del Nuevo Mundo y otros de América del Norte— son relativamente poco numerosos los dedicados exclusivamente a México. Citaré un curioso mapamundi de Petrus Plancius, de 1596,

<sup>29</sup> Girolamo Ruscelli, *La geografia de Claudio Ptolomeo nuovamente tradotta di Greco in Italiano*, Venezia, appresso Vincenzo Valgrisi, MDLXI. Incluye el mapa de la “Nueva Hispania” como carta número 32 de los “nuevos mapas”.

<sup>30</sup> Estudia estas cartas Howard F. Cline, “The Ortelius Maps of New Spain, 1579, and Related Contemporary Materials”, *Imago Mundi*, Amsterdam, 1962, v. XVI, p. 98-115.

impreso en Amsterdam. En él, la masa septentrional del Nuevo Mundo ostenta el nombre de “América Mexicana”.<sup>31</sup>

Entre los que se dedican sólo a México mencionaré unos cuantos. Revelan ellos otros aspectos de lo que se pensó era su realidad geográfica, unas veces sobre base firme y otras todavía fruto de la imaginación. Debido a un inglés, M. Tatton, hay un mapa de 1616 grabado por Benjamin Wright. En él California sigue representándose todavía como península (el cambio a isla ocurrió desde 1624). El perfil de México no supera mucho en precisión al que incluyó Ruscelli en su *Geografía* ptolemaica. Y en cuanto a información del interior del país, es mucho más pobre e inexacto que los de Ortelio.

Dos son los mapas en que se difundió por vez primera la fantasía de la California como isla. Uno apareció en la portada de la edición de 1624 de las *Décadas* de Antonio de Herrera, traducida al latín e impresa en Frankfurt. Allí, en una especie de carta que están desplegando Fernando Magallanes y Francisco Pizarro se ve al continente americano. México ocupa un lugar prominente y California está delineada como isla. El otro es de sólo América del Norte. Diseñado por Henry Briggs en 1625, fue incluido en *Hakluytus Posthumus or Purchas his Pilgrims* de Samuel Purchas, impreso en Londres en 1625. En éste hay una leyenda en su extremo inferior izquierdo que dice:

California, que se supuso algunas veces era parte del continente occidental; pero desde entonces, en un mapa español del que se apoderaron los holandeses se halla que es una provechosa isla [...].<sup>32</sup>

El nuevo error —que de hecho se inició antes por la fantasía del fraile que había navegado con Sebastián Vizcaíno en 1602 hasta llegar a cerca de los 42º de latitud norte en el Pacífico— se perpetuó hasta fines del siglo XVII, cuando el padre Kino, según vimos, restituyó en la geografía el carácter de península a California. Como otra curiosidad añadiré que, a pesar de todo, pueden incluirse en el patrimonio cartográfico de México los más de 100 mapas, muchos debidos a profesionales europeos de reconocido prestigio, en los que California aparece como una gran isla desde 1624 y, en algunos casos, hasta bien entrado ya el siglo XVIII.<sup>33</sup>

<sup>31</sup> Véase una reproducción de este mapa en M. León-Portilla, *Cartografía y crónicas de la Antigua California*, *op. cit.*, p. 74-75.

<sup>32</sup> Reproducido en *op. cit.*, p. 90.

<sup>33</sup> Véase R. V. Tooley, *California as an island, a geographical misconception illustrated by 100 examples from 1625 to 1770*, Londres, The Map's Collector Circle, 1964.



Fue en la segunda mitad de ese mismo siglo cuando, como también vimos, hubo en México estudiosos que, concedores de una parte al menos de la cartografía que entonces se difundía en Europa, influidos por ella, prepararon algunos mapas de México. Lo interesante del caso es que en tanto que aceptaron más de un desvarío imaginario, introducido en este caso por cartógrafos franceses, a la vez llegaron a influir sobre éstos. José Antonio de Alzate tipifica esto. Dispuso él un mapa de México que dedicó al arzobispo Francisco de Lorenzana en 1767. En él adoptó lo que Philippe Buache y Joseph Nicolas Delisle habían difundido en varios mapas acerca de un supuesto mar o bahía del Oeste, situado al norte de California.<sup>34</sup> Un año más tarde, al parecer arrepentido de haber delineado así ese mapa, sin que tuviera realmente fundamento fuera de lo imaginado por los dos franceses, preparó y publicó otro que intituló: “Nuevo mapa geográfico de la América septentrional perteneciente al Virreinato de México, dedicado a los sabios miembros de la Academia Real de las Ciencias de París”.

## 8. EL LEGADO DEL SIGLO XIX

Fue en esa centuria cuando el perfil geográfico de México y no poco del interior del mismo comenzó a conocerse mejor como resultado de observaciones llevadas a cabo con mucho mayor rigor científico. Punto de partida fue la obra de Alejandro de Humboldt, *Atlas géographique et physique du Royaume de la Nouvelle-Espagne*, publicado en París en 1811. Dispuesto este trabajo en estrecha relación con el *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle-Espagne*, en cinco volúmenes, aparecido también en París el mismo año, por razones de costo, ya que las placas de originales de los mapas, en cobre, se perdieron, no volvió a reproducirse al publicarse varias veces después el *Essai*. Sólo en 1971 lo rescató fotográficamente el Fondo de Cultura Económica en México,<sup>35</sup> incluyendo además siete mapas tomados del *Atlas géographique et physique des régions équinoxiales du Nouveau Continent* (París, 1814-1834) y una lámina de los *Vues de Cordillères* (París, 1813), referentes asimismo a México.

<sup>34</sup> Sobre las razones que tuvieron Buache y Delisle para introducir en sus mapas ese imaginario mar, véase Numa Broc, *La géographie des philosophes, géographes et voyageurs français au XVIII<sup>e</sup> siècle*, París, Editions Ophrys, 1974, p. 151-168.

<sup>35</sup> Editado bajo el título de Alexander von Humboldt, *Atlas de México, Atlas géographique et physique de la Nouvelle-Espagne*, reproducción de la obra publicada en París, en 1811..., preparado por Hanno Beck y Wilhelm Bonacker, México, Fondo de Cultura Económica, 1971.

Integra este *Atlas*, designado también por Humboldt *Atlas du Mexique*, un conjunto de mapas de gran interés. De ellos menciona la *Carte Générale du Royaume de la Nouvelle-Espagne*, desde el paralelo 16 hasta el 38 de latitud norte, aportación de gran calidad, con numerosas anotaciones y amplio comentario. También tiene lugar especial la *Carte du Mexique et des Pays Limitrophes situés au Nord et à l'Est*, en la que se abarca con perspectiva diferente el territorio del país en vísperas de su independencia.

Orozco y Berra, quien valoró grandemente el trabajo de Humboldt, ofrece un elenco bastante amplio y, hasta donde sé, no superado, de las principales producciones cartográficas, sobre todo el territorio mexicano o parte de él, hasta el año de 1871. Entre ellas sobresalen una “Carta General” formada por individuos de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, con especial participación de don Antonio García Cubas en 1853, así como otras varias elaboradas por la misma sociedad relativas a diversos estados, ciudades y puertos. De García Cubas reconoce ampliamente sus méritos y registra otros varios trabajos suyos, incluyendo el del geógrafo francés A. Vuillemin, que manifestó haberse apoyado en él para preparar su *Nouvelle Carte du Mexique* (Paris, 1866).

La consulta de *Materiales para una cartografía mexicana* de Orozco y Berra muestra tanto lo que él investigó como lo copioso de las producciones que describe, en particular las del siglo XIX, que abarcan las referentes a todos los estados y territorios federales; mapas eclesiásticos, cartas hidrográficas, de líneas divisorias, planos iconográficos, de vías de comunicación (itinerarios, caminos, ferrocarriles, puentes, calzadas...); planos geológicos, sobre minería, orográficos, etnográficos, administrativos, arqueológicos, militares, de viajes y planos topográficos. Este enorme caudal de producciones conlleva también el atributo de ser *specula* en que se reflejaron muchas de las transformaciones que experimentó el país a lo largo del siglo XIX.

Añadiré que el historiador Orozco y Berra fue también cartógrafo. De su infatigable empeño provienen la *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México* (1864); *Memoria para la carta hidrográfica de México*, con varios planos (1864); *Alturas sobre el nivel del mar o altitud de varios puntos del Imperio mexicano* (1866); *Memoria para el plano de la ciudad de México* (1867); *Historia de la geografía de México* (1878 y 1880).<sup>36</sup> Digno

<sup>36</sup> Véase la “Bibliografía de don Manuel Orozco y Berra”, preparada por M. León-Portilla en “Estudio previo” a su *Historia antigua y de la conquista de México*, 4 v., reproducción facsimilar de la publicada en 1880, México, Porrúa, 1960, p. XLIII-XLVI.

de admiración es su trabajo y el de otros como Antonio García Cubas, que en medio de las guerras y alteraciones que padeció México durante buena parte del siglo XIX, enriquecieron el legado cartográfico del país.

## 9. LA CARTOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA

Varias comisiones se crearon desde fines del siglo XIX para reconocer desde distintos puntos de vista el territorio mexicano. Una fue la Geográfico-Exploradora, que tuvo como antecedente una Comisión de Cartografía establecida por Vicente Riva Palacio, siendo ministro de Fomento, en 1877. Director de esa comisión fue el ingeniero Agustín Díaz, entusiasta promotor de los trabajos de prospección e investigación geográfica. Contó éste con el auxilio de Juan Díaz Covarrubias. La nueva Comisión Geográfica Exploradora surgió un año después, en 1878, y laboró con diversos altibajos hasta 1914. Como lo ha mostrado Bernardo García Ramírez, durante ese lapso realizó trabajos de gran valor, entre ellos la producción de una importante cartografía de diversos lugares del país.<sup>37</sup>

Empresa también digna de memoria fue la de una Comisión del Instituto Geológico de México, que exploró detenidamente la olvidada región norte de la Baja California. Los frutos de su investigación se publicaron en un amplio volumen, en 1913.<sup>38</sup>

Consumada la Revolución de 1910, se crearon otras varias instituciones, algunas de las cuales continúan activas hasta hoy. Ello y las investigaciones llevadas a cabo por geógrafos y cartógrafos en forma individual han traído un incremento muy grande en la producción de mapas y planos de considerable precisión científica. Integran éstos el capítulo en el que se reúne lo más reciente de ese legado que, además de renovado *speculum*, es instrumento de requerida consulta en múltiples formas de actividad cultural, científica, tecnológica, industrial y comercial. De nuevo, límites de espacio me obligan a enumerar tan sólo las contribuciones más importantes.

Desde los años veinte, la Secretaría de Agricultura y Fomento inició trabajos dirigidos a preparar y publicar cartas de los diversos estados

<sup>37</sup> Bernardo García Ramírez, “La Comisión Geográfico-exploradora”, *Historia mexicana*, México, El Colegio de México, abril-junio, 1975, v. XXIV, núm. 4, p. 485-555.

<sup>38</sup> “Memoria de la Comisión del Instituto Geológico de México que exploró la región norte de la Baja California”, en *Parergones del Instituto Geológico de México*, México, Secretaría de Fomento, 1912-1913, p. 92-534.



de México. Algún tiempo después, la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, a través de su Dirección de Caminos, dio comienzo a la difusión de mapas en que se registran las carreteras y vías férreas del país. Hasta la fecha continúan editándose mapas de carreteras en los que se proporciona información oficial sobre la no interrumpida ampliación de la red de caminos.

Otras instituciones que han ampliado los trabajos cartográficos son el antiguo Comité Coordinador de Levantamiento de la Carta de la República Mexicana, la Secretaría de la Defensa Nacional y la Dirección de Estudios del Territorio Nacional (Detenal), que publicó un gran conjunto de cartas de considerable valor hasta hoy consultadas. Entre los organismos que actualmente se ocupan de diversos aspectos tocantes a la cartografía sobresalen el Instituto de Geografía de la Universidad Nacional y el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), creado por la Secretaría de Programación y Presupuesto. Entre las obras que éste ha editado sobresale la *Carta de México*, topográfica, a escala de 1:250 000, cuya tercera edición revisada se realizó en 1988. Otro *opus* digno de especial mención es el *Atlas Nacional de México*, resultado de acuciosas investigaciones de varios años por un equipo de investigadores y publicado en tres volúmenes por el Instituto de Geografía de la Universidad Nacional en 1990.<sup>39</sup>

Atender mapas, planos y otras producciones afines desde la mira de la historia lleva precisamente a tomar conciencia de la cartografía como patrimonio cultural. En tanto que este interés y enfoque se han desarrollado bastante en varios países europeos y en los Estados Unidos, son en cambio recientes en México. Hay ya, sin embargo, algunas obras que abarcan la historia de la cartografía de múltiples entidades y regiones del país. Mencionaré las principales. Aportan noticias de primera mano sobre el patrimonio cartográfico de México.

Una se debe a Leopoldo I. Orendáin y Salvador Reynoso, *Cartografía de la Nueva Galicia (1961)*, que incluye 45 mapas y planos.<sup>40</sup> Fue contribución de considerable interés, pues reúne un primer *corpus* cartográfico de esa área tan extensa e importante de México. Bastantes años transcurrieron hasta que apareció, en 1978, otro trabajo que guarda relación con aquél. Me refiero a *Mapas y planos antiguos de Colima y del occidente de México (1521-1904)*, por José Luis Mirafuentes y Arturo So-

<sup>39</sup> *Atlas nacional de México*, publicado bajo la coordinación de María Teresa Gutiérrez de MacGregor *et al.*, 3 v., México, UNAM, Instituto de Geografía, 1990.

<sup>40</sup> Leopoldo I. Orendáin y Salvador Reynoso, *Cartografía de la Nueva Galicia*, Guadalajara, Ediciones del Banco Industrial de Jalisco, 1961.



berón Mora.<sup>41</sup> Se reproducen allí, con bastante fidelidad y en color, 43 mapas y planos, acompañados cada uno de sucinta descripción.

El occidente de México, y en particular la Nueva Galicia, representados en no pocos mapas desde tempranas fechas —como en el del oidor Hernán Martínez de la Marcha, hacia 1549—, ha sido objeto de nuevos estudios. Acudiendo a archivos en búsqueda de materiales poco o nada conocidos, José Antonio Calderón Quijano, Ramón María Serrera y otros prepararon la obra intitulada *Cartografía histórica de la Nueva Galicia*, editada en 1984 por la Universidad de Guadalajara y la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla. Tenemos en ella un ejemplo de rescate y difusión de mapas y planos de una vasta extensión de México.

El interés por la historia de la cartografía, considerada como legado cultural, continuó acrecentándose. Así, en 1982 apareció un *Atlas histórico de Tabasco*, dispuesto por Raquel Guzmán Villanueva y publicado por el gobierno de dicho estado. En él se reproducen 52 cartas, comenzando por una que representa “la provincia de Tabasco, dentro de la Gobernación de Yucatán”, dibujado por Melchor Alfaro Santacruz en 1579, como parte de la relación geográfica dispuesta en acatamiento de las órdenes de Felipe II. El mapa más reciente allí incluido, que contrasta radicalmente con el anterior, es de 1981 y fue preparado por técnicos de la Secretaría de Asentamientos Humanos del estado y su Dirección de Desarrollo Urbano.

Por mi parte, en 1989 publiqué *Cartografía y crónicas de la Antigua California*.<sup>42</sup> Mi propósito fue, como lo indica este título, correlacionar lo aportado por numerosos escritos de navegantes, misioneros, exploradores y otros, con la copiosa producción de mapas y planos relativos a la península californiana, desde el más antiguo de 1535 hasta algunos de tiempos recientes.

Los 45 mapas a color y 105 en blanco y negro ilustran las diversas concepciones que se fueron teniendo sobre ese vasto territorio del noroeste novohispano —si era isla o península—, cuya continuación hacia el septentrión no se alcanzó a conocer sino hasta fines del siglo XVIII. Sólo entonces, como ya comenté, pudo completarse la *imago mundi* al tenerse noticia cierta de la configuración del continente y de su separación de Asia.

<sup>41</sup> José Luis Mirafuentes y Arturo Soberón Mora, *Mapas y planos antiguos de Colima y del occidente de México (1521-1904)*, México, Consorcio Minero Benito Juárez, Peña Colorada, 1978.

<sup>42</sup> Miguel León-Portilla, *Cartografía y crónicas de la antigua California*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas y Fundación de Investigaciones Sociales, 1989.



Con un formato bastante parecido salió a la luz otro volumen sobre *Cartografía histórica de Tamaulipas*, preparado por Martín Reyes Vayssade y otros investigadores, y publicado en 1990 por el Instituto Tamaulipeco de Cultura. Incluye esta obra, entre mapas y planos en su mayoría a color, 176 reproducciones. Como en el caso de la *Cartografía y crónicas de la Antigua California*, también en este libro se correlacionan los mapas y planos con numerosos testimonios históricos y se abarcan temas específicos como los de los primeros tanteos cartográficos de las costas tamaulipecas, la fundación de villas, pueblos y ciudades, la “geografía misional”, el establecimiento de jurisdicciones políticas reflejado en la cartografía, los mapas militares y los planos referentes a Tampico.<sup>43</sup>

Bajo la coordinación del mismo Martín Reyes Vayssade han aparecido dos volúmenes más. Uno comprende la *Cartografía histórica de las islas mexicanas*, editado por la Secretaría de Gobernación en 1992. Las 223 cartas allí reproducidas, provenientes de diversas épocas, son objeto de comentarios en 11 capítulos escritos por los participantes en el proyecto, entre ellos Fernando Zertuche, Miguel González Avelar y Víctor M. Ruiz Naufal. Las islas del Caribe mexicano, las del Golfo de México, la Clipperton en el Pacífico, las Marías, las Revillagigedo, las imaginarias “del Coral y los Jardines”, las de Baja California y otras en el mismo Pacífico, incluyendo las del llamado “Archipiélago del Poniente”, situadas frente a la Alta California, son objeto de atención. En esta aportación histórico-científica se da también cabida en ocasiones a las leyendas que muchas veces se entrelazaron con el saber acerca de las islas mexicanas. Lugar de distinción ocupa este libro en la historia de la cartografía de México.<sup>44</sup>

El otro volumen, cuya edición estuvo también a cargo del citado Reyes Vayssade, es *Cartografía histórica de Yucatán*, preparado por Michel Antochiew (1994) y publicado por el gobierno del estado de Campeche. En él se reúnen y describen numerosos mapas a partir del siglo XVI. Como en el caso de California, también respecto de Yucatán proliferaron las fantasías. La tierra cargada de historia desde los tiempos prehispánicos del esplendor maya fue representada unas veces como península y otras como isla, como quedó dicho. Al lado de otras producciones muy valiosas, ésta muestra otro aspecto del legado cultural de Yucatán.

<sup>43</sup> Martín Reyes Vayssade et al., *Cartografía histórica de Tamaulipas*, México, Instituto Tamaulipeco de Cultura y Secretaría de Gobernación, 1990.

<sup>44</sup> Martín Reyes Vayssade, *Cartografía histórica de las islas mexicanas*, México, Secretaría de Gobernación, 1992.



El aprecio por los mapas también ha llevado a preparar en fechas recientes obras de conjunto en las que se muestran momentos y aspectos particularmente interesantes de la cartografía relativa a lo que hoy es México. Uno de estos trabajos, intitulado *Atlas cartográfico histórico: México*, ha sido editado por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática en 1985 y reimpresso en 1988. Ello deja ver que hay un interés creciente por este género de obras.

Otra obra, también de conjunto, aunque concebida con un enfoque especial, es *Cartografía del encuentro de dos mundos*, editada por el Instituto Geográfico Nacional de España y el de Estadística, Geografía e Informática de México. Participó en su elaboración un grupo de investigadores españoles y mexicanos, entre ellos Fernando Aranaz y Carmen Aguilera. Su propósito fue presentar lo que significó cartográficamente el encuentro de dos mundos. El libro incluye, como antecedentes, sendos capítulos acerca de las maneras de representar al mundo o determinadas partes de él según la tradición medieval y del temprano Renacimiento, y asimismo según la de los mapas y planos indígenas mesoamericanos. Los capítulos siguientes abarcan la nueva cartografía que fue produciéndose a partir de los viajes de Colón. Sin estar dedicada la obra exclusivamente a México, éste es objeto de particular atención. La coyuntura del quinto centenario fue ocasión propicia para elaborar esta obra, que se conviene así en nueva forma de “lectura” de mapas como los medievales y los indígenas y de muchos más. El propósito ha sido obviamente mostrar cómo, poco a poco, se fue integrando en la *imago mundi* la cartografía consecuencia del encuentro.

## 10. A MODO DE CONCLUSIÓN

Mucho es sin duda lo que ha quedado al margen en este acercamiento a la cartografía de México, contemplada como parte de su patrimonio cultural. En realidad, haber querido mostrar su importancia y riqueza atendiendo a otros muchos mapas y planos hubiera implicado hacer una historia de la cartografía mexicana. Ello lo inició, como vimos, en 1871, don Manuel Orozco y Berra, y hasta hoy sólo ha tenido continuadores que han producido trabajos bastante limitados. Recordaré aquí las páginas que a esto dedican Jorge L. Tamayo en *Geografía general de México* (1949)<sup>45</sup> y Ángel Bassols Batalla en *Bibliografía geográfica*

<sup>45</sup> Jorge L. Tamayo, *Geografía general de México*, 2 v., México, Atlas, 1949, t. I, p. 44-83.

de México (1955).<sup>46</sup> De fechas más recientes son el ya citado artículo de Howard F. Cline y otro de Porfirio García de León, “Cartografía histórica de México” (1982),<sup>47</sup> así como un amplio estudio introductorio de Elías Trabulse a *Cartografía mexicana. Tesoros de la nación, siglos XVI a XIX*, publicada por el Archivo General de la Nación (1983).

Dos tesis presentadas recientemente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional merecen asimismo ser mencionadas: la de Héctor Mendoza Vargas, “Historia de la geografía en México” (1989) y la de María Luisa León-Portilla, “El perfil geográfico de México: su delineación en la cartografía universal” (1994).

Lo aquí expuesto deja percibir la existencia de un gran caudal de producciones, las indígenas, únicas en su género, y luego las muchas que se han elaborado en diferentes circunstancias en México y en el extranjero. Si bien es verdad que no pocos mapas y planos de interés primario no se conservan en México sino fuera de él, esto no demerita que, por su naturaleza y contenido, constituyan también parte de lo que he llamado “patrimonio espiritual” del país, el que no hallándose físicamente en él, de todas formas le concierne primordialmente. Las cartas que se hallan fuera y las que se conservan en bibliotecas, archivos y otros repositorios de México, integran el gran *corpus* de esta cartografía-patrimonio cultural.

En ella, como lo hemos visto, hay imágenes y testimonios del desarrollo científico y tecnológico que poseía este país en diversas épocas; también de lo que propios y extraños pensaban de su ser geográfico, y, una vez más, como *specula*, a veces de plástica belleza, de no pocas de sus realidades orográficas, urbanas, de flora y fauna, diversas actividades económicas y, en muchos casos, de presencia humana representada con atuendos y actitudes muy variadas.

Importa tomar conciencia de este patrimonio e igualmente divulgar desde los primeros años de la enseñanza su existencia y las maravillas que en él pueden encontrarse. Si mucho hay de belleza, arte e historia en mapas y planos, también lo hay de ciencia y tecnología. Señalaré dos impostergables tareas por emprender. Una es la de preservar con amor y con todos los recursos técnicos al alcance los tesoros cartográficos que se hallan en tantos lugares de México, a veces en

<sup>46</sup> Ángel Bassols Batalla, *Bibliografía geográfica de México*, México, Secretaría de Agricultura y Ganadería, 1955.

<sup>47</sup> Porfirio García de León, “Cartografía histórica de México”, *Congreso Panamericano y Nacional de Fotogrametría, Fotointerpretación y Geodesia*, México, Sociedad Mexicana de Fotogrametría, 1982, t. II, p. 265-316.



grave riesgo de deterioro o pérdida total. Consiste la otra tarea en hacer su inventario y estudio. No debe olvidarse que historia y cartografía van de la mano. Sin historia seríamos viajeros sin equipaje, pueblo carente de memoria que ignora quién es. Sin cartografía, desconoceríamos a dónde estamos, qué hay en el propio país, cuáles son su extensión y sus recursos, qué nos separa de nuestros vecinos, cuáles son nuestros sistemas de comunicación y cómo pueden incrementarse. Todo esto pensando en la cartografía de elaboración reciente, pero al atender a la de tiempos que nos precedieron, el sentido de ubicación se abre a otras posibles e innumerables perspectivas.

La cartografía ofrece escenarios del acontecer histórico. En esto fueron maestros extraordinarios los *tlahcuilos* indígenas. Historia y cartografía nos dan así las coordenadas de tiempo y espacio, marco cambiante del existir humano que ha dejado su huella en ambos. Al igual que la historia y cuanto le concierne, la cartografía, siendo también parte y testimonio de ella, es además en sí misma portadora de significación, valiosa y muchas veces plásticamente bella. Por todo esto afirmamos que mapas, planos y producciones afines son parte esencial del patrimonio cultural de una nación.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS